

Cordobesismo y violencias sedimentadas

Por Guillermo Ricca¹

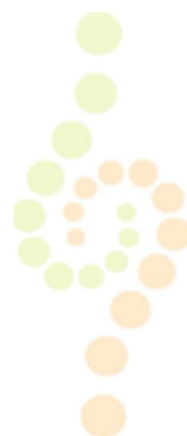
En un libro memorable por varias razones, Diego Tatián rescata del archivo dos registros, mediados por menos de un siglo, que dan cuenta de la infatuación cordobesista. La primera, de Domingo F. Sarmiento, en el Facundo. En el capítulo VII de esa especie de panfleto, novela y filosofía de la historia argentina, el sanjuanino compara a Córdoba con Buenos Aires; si en Buenos Aires El Contrato Social de Rosseau, el Cándido de Voltaire o La democracia en América, de Tocqueville pasan de mano en mano, en esa catacumba española llamada Córdoba “se desprecian los idiomas vivos” y no sólo en la Universidad

[...] el pueblo de la ciudad, compuesto de artesanos, participa del espíritu de las clases altas; el maestro zapatero se daba aires de doctor en la zapatería y os enderezaba un texto latino al tomaros gravemente la medida; el ergo andaba por las cocinas, la boca de los mendigos y locos de la ciudad, y toda disputa entre ganapanes tomaba el tono y la forma de conclusiones. (Tatián, 2016:11)

En la Córdoba que describe Sarmiento no hay teatros ni diarios, pero hay un convento en cada manzana y cada familia tiene un hijo fraile o una hija monja. Para Córdoba, en definitiva, no existe otra cosa en el mundo más que Córdoba. Es cierto, tiene una universidad, pero de allí sólo han salido abogados y ningún escritor que valga la pena recordar, dice Sarmiento. La otra referencia es la tremenda elegía de Raúl González Tuñón para su amigo Deodoro Roca, instigador y dirigente del movimiento de la reforma universitaria. Allí Tuñón retrata una Córdoba de “nichos con espectros feroces”, de “ventanas ciegas”, “de antiguos muertos de levita” y “retratos al óleo de los antiguos muertos de levita...”, que todavía, más allá de la ceniza, consiguen opíparos nombramientos oficiales para sus descendientes”; Córdoba –continuaba González Tuñón– de “marchitas vírgenes arrepentidas, arañas nocturnas hilando infamias, el cretino importante y las familias venidas a menos”; Córdoba “con poetas que hablan de efebos rosados, con ruseñores ciegos”; Córdoba “del pequeño burgués, del filofascista y del encapuchado, topo, rata huidiza, mosca verde”. “Negra ciénaga, vivo cangrejal oscuro”, esa Córdoba es ciudad “triste de toda tristeza”: arañas, sudarios, “telegramas del señor Ministro, subvenciones a campos de concentración, murciélagos y nidos de murciélagos” (Tatián 2016:12). Quizás se trate de la más remota genealogía de la Isla, como la denominó Eduardo Angeloz o de la ideología con que se embandera el PJ cordobés, desde José Manuel De La Sota hasta estos días.

Vivimos en el apogeo neoliberal de las nuevas oligarquías. A diferencia de aquellas de comienzos de siglo veinte, a las que Josefina Ludmer denominó, no sin ironía, coalición liberal estatal, las nuevas oligarquías tienen un profundo desprecio por la cultura y por las humanidades. Tengo para mí que ese desprecio se justifica porque el mundo de la cultura,

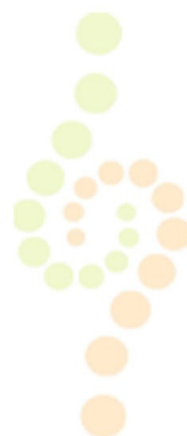
¹Profesor y Licenciado en Filosofía, Doctorando en Estudios Sociales de América Latina, se desempeña como profesor e investigador en las áreas de Filosofía Política y Filosofía Argentina y Latinoamericana Contemporáneas en la Universidad Nacional de Río Cuarto (UNRC) . Email de contacto: guillermo.ricca@gmail.com



de las humanidades les es esquivo en la medida en que no se habla allí de dinero o de qué hacer para dominar a más gente en menos tiempo. ‘Más perdido que un neoliberal en un centro cultural’, sería un buen chiste para describir el caso. Las viejas oligarquías sabían que la legitimidad de su posición dependía en buena medida de tener un pie en el mundo de las letras, por eso contaron con buenas plumas y con intelectuales destacados, desde Eugenio Cambaceres a Leopoldo Lugones y José Ingenieros, por nombrar sólo a algunos. Querían que su visión del mundo se reprodujera y para eso fundaron periódicos y se apoderaron del sistema educativo. Las derechas contemporáneas son más brutales. Se auto exhiben rompiendo a martillazos un símbolo de Madres de Plaza de mayo que, antes robaron vandalizando el espacio público. Cualquiera puede decirme que no hay nada nuevo ahí: sus antepasados, los jóvenes de la Liga patriótica, linchaban anarquistas para los festejos del centenario. Es cierto. Las nuevas oligarquías se filman para la horda a ser reclutada del otro lado de las pantallas, para su alistamiento por odio, por resentimiento contra el pueblo, es decir, contra la forma organizada de la virtud pública, pero siempre por algún tipo de identificación que pivotea en algún mandato al goce. Esta violencia también es alentada performativamente desde los mal llamados medios de comunicación masiva y consiste en la exhibición impune de una canalla antidemocrática que gana peligrosamente adeptos, sobre todo entre los jóvenes. Hartos de vivir en un país donde todo el tiempo te corren la zanahoria, como dice Martín padre en la vieja película de Aristarain, muchos pibes son presa de los discursos de odio que bajan de las usinas de la derecha. También son presa de los discursos que alientan la pasión de la ignorancia en la medida en que la curiositas que anima a las humanidades es vital para formar sociedades democráticas (Brown, 2018)

Como bien supo Spinoza en el siglo XVII, el odio no es tan sólo una pasión que forma parte de nuestra naturaleza, sino que, por eso mismo, también puede ser una forma de sociabilidad. Paradójicamente, hay formas persistentes de instituir el lazo social desde el odio. El racismo es una de ellas, el sexismo y la misoginia son otros. El odio a los pobres— invisibilizado pero universal—es quizás la forma más extendida de sociabilidad del odio. En Defenderse, una filosofía de la violencia, Elsa Dorlin reconstruye genealógicamente algunas de las violencias racistas y sexistas que desembocaron en el Estado como agente de un terrorismo blanco a escala universal, a la vez que da cuenta de formas de violencia defensiva de grupos y minorías desde las sufragistas, los Black Panthers o la resistencia judía en el ghetto de Varsovia. Las formas liberales de violencia defensiva que instigan el crimen racial, la baja de imputabilidad de menores y la criminalización de la pobreza y de la exclusión tienen aquí sus promotores en el discurso de Patricia Bullrich, en el libertario Milei, en el ex peronista Pichetto o en el policía frustrado Sergio Berni. Lo cual indica que el discurso del odio como institución política del vínculo social no es patrimonio del anti populismo aunque el anti populismo sea, como ha mostrado Ernesto Seman en un libro reciente una forma explícita de violencia simbólica y no sólo, toda vez que es la continuidad del discurso de la dictadura cívico militar, incluso con las metáforas médico higienistas del cáncer o la enfermedad a erradicar del cuerpo de la nación para poder constituir una República. Hoy, ese discurso identifica el cáncer en los mapuches o en todo aquello que se incline a la izquierda del espectro político.

Las elecciones legislativas de medio término son un ejemplo del éxito de estas lógicas en la institución del lazo social. Vivir en Córdoba es una experiencia hobessiana: produce miedo. La provincia se ha constituido en un polo de la neo barbarie encarnada por la literal vulgaridad de Luis Juez o esa especie de vandorismo del siglo XXI llamado cordobesismo que lidera Juan Schiaretti. El conservadurismo propio del humus de una



cultura de contrarreforma, como la caracterizó José M. Aricó a mediados de los años sesenta, se fortalece con la vena anti democrática que demoniza cualquier expresión transformadora o progresista en política para dejar legítimamente en el juego a la única forma de vida posible en Córdoba: la vida de derecha. El odio fascista y racista que identifica a quienes cobran un subsidio del estado como “esos negros, esos vagos” ya no es patrimonio de las élites económicas de la zona rural, es parte también de la identificación del cordobesismo en cuyas filas se encolumnan los intereses del campo y del negocio inmobiliario con más espacio y a sus anchas que los intereses de los trabajadores. Córdoba es blanca, gringa, gorila y conservadora. Schiaretti, “el gringo” representa esos valores que hacen posible que el macrismo sea hegemónico en Córdoba. El encono de Schiaretti hacia el gobierno nacional y hacia el Frente de Todos, sobreactuado en la supuesta excepción cordobesa, esa sedimentación reaccionaria de la identidad provincial es explotado desde Hacemos por Córdoba para instalar una supuesta superación de la mal llamada grieta en beneficio de un peronismo pardo, neoliberal y apolítico. Un peronismo neutral, suizo; un peronismo sin peronismo. No hay peronismo sin justicia social y no hay justicia social sin conflicto por el excedente del crecimiento económico. El aval del cordobesismo a las amenazas de la derecha hacia los trabajadores, empezando por el debate en torno a la mal llamada reforma laboral o a la resistida reforma previsional que, dicho sea de paso, en Córdoba se realizó sin consenso alguno, entre gallos y medianoche afectando derechos adquiridos de los trabajadores docentes y bajando jubilaciones, hace de Schiaretti una figura casi indistinguible del ahora devenido referente de la derecha cambiemita Luis Juez, eyectado de la embajada de Ecuador, por un escándalo de xenofobia. Recordemos el episodio: Luis Juez, quien siendo embajador de Macri en Ecuador dijo: “Llegué hace media hora, me pegué una ducha, me puse un saco y una camisa porque no quería estar con la ropa de esta mañana. Van a decir que soy un mugriento y agarré hábitos ecuatorianos”. Justamente Luis Juez, quien siendo eterno candidato dijo que no le importaban los votos de los hinchas de Belgrano porque “votaban en Bolivia” (Saravia, 2021). Luis Juez es el ganador de las elecciones legislativas en Córdoba; una Córdoba que se cocina en la salsa de las violencias sedimentadas de las derechas rurales, cuya aparente bonhomía de almas bellas no oculta el deseo oscuro de acabar de una vez por todas con todos esos zurdos.

La figura social y cultural que sedimenta esas pasiones es la del colono, antiguo nombre en el habla pueblerina, de los productores rurales. La figura del productor rural estuvo atravesada desde mediados del siglo XIX con la figura de un colonizador rural que mira con desprecio paternalista y racializado -como todo colonizador- a los nativos de piel más oscura y que generalmente terminan explotados como peones en sus campos, en los pueblos de la campaña. El epicentro de esta historia es el sur de la provincia de Santa Fe, pero muy pronto se extiende a Córdoba, a comienzos del siglo XX. No en vano las reivindicaciones del peronismo empezaron por los peones rurales, trabajadores que hacían su trabajo como migrantes y despojados de cualquier derecho. La relación del colono con el peón rural es, a escala, la relación que Fanon describe en *Piel negra máscaras blancas*: una relación de exterioridad y de subalternización. La ciudad colonial es limpia y blanca, la del colonizado huele a aguas servidas. La realidad que describe Fanon se puede ver en la cartografía de cada pueblito de Córdoba, dividido por el ferrocarril: de un lado los gringos, los que trabajan y acumulan, del otro los negros, los vagos que cobran subsidios. Como dice Judith Butler, aun hoy Fanon nos permite entender las fantasías raciales que informan las dimensiones éticas de la biopolítica y que se reflejan en el tipo de tratamiento que Córdoba dio a la pandemia de covid 19 haciendo también de los contagios un hacer vivir y dejar morir hasta que la situación se manifestó a todas luces como estallada.



Si la igualdad deja de ser un capital político del peronismo, su identidad se diluye en la nada neoliberal. Precisamente, aquello que convoca a la violencia blanca desde arriba de los Estados modernos, contruidos al servicio del liberalismo económico es, precisamente, la lucha por la igualdad—habría que decir: por las igualdades, en plural— como bien ha mostrado Judith Butler:

como bien sabemos, en este mundo las vidas no se valoran de la misma manera y no siempre se presta atención a los reclamos contra las agresiones y el asesinato del que son víctimas. Y una de las razones es que sus vidas no se consideran dignas de llorarse o de duelo. Hay muchas razones para esto que incluyen el racismo, la xenofobia, la homofobia o la transfobia, la misoginia y el sistemático desprecio por los pobres y por los desposeídos. (Butler, 2021: 42)

La creencia en que hay buenas hormigas y cigarras haraganas es una ficción naturalista que Marx demolió a martillazos en el capítulo veinticuatro de *El Capital*. Sin embargo, es la propia Butler la que traza la vigencia de esas ficciones que nos describen como individuos masculinos adultos, autosuficientes, competitivos y ya listos por nuestra misma naturaleza para obtener lo que sea, haciendo uso de nuestra agresión de manera más o menos violenta. La noción de individuo de las ficciones naturalista liberales, ya sean a la Hobbes o a la Locke tienen una vigencia tácita, es decir, forman parte de eso que Franco Bifo Berardi llama sensibilidad y que el neoliberalismo explota en todo el espectro de su discurso: desde el cordobesismo que en su solapamiento con estas posiciones no es un discurso federal sino una reivindicación de los intereses corporativos de los ricos de Córdoba contra los pobres del conurbano bonaerense, hasta los seguidores de Milei que llaman a incendiar el Banco Central, o el discurso PRO que identifica al peronismo como el mal en la medida en que el peronismo promueve un Estado activo, implicado en procesos de Revolución pasiva, como les llama Gramsci y que, de esa manera se constituye en límite para la expansión sin límites de los intereses de las oligarquías. Pero, además, aquello que funge de gramática en estos discursos es la extrapolación de esa fantasía del individuo masculino, blanco y adulto como sinécdoque de la unidad de agregación federal: eso es Córdoba (para el cordobesismo). Como ha mostrado Butler, una sociedad democrática y éticamente fundada sobre deseos democráticos debe poder hacer suya una verdad que opera como castración de ese imaginario: somos seres interdependientes, no sólo a nivel nacional sino a nivel global (Butler, 2020:57).

Si hay una verdad que el peronismo puso en el eje de la historia política argentina y es quizá la condición de su resistente permanencia a pesar de todos los intentos organizados por aniquilarlo, desde el cincuenta y cinco hasta el actual esquema de capitalismo concentrado que representa el grupo Clarín con sus epígonos, pasando por la última dictadura, es una verdad no dicha sino a medias, como toda verdad puede ser dicha, en definitiva: somos con otros, somos en otros, nadie puede ser ni vivir en soledad. El peronismo acertó en captar una verdad estructural, ontológica, es decir, de esas que permanecen porque forman parte de lo que somos o, mejor dicho, están en la raíz de lo que somos, aunque todos los empujes del neoliberalismo pretendan negarla: somos, porque somos seres de cuidado. Quizás a eso se refiera la misteriosa cita de Spinoza que cierra el discurso de Perón en el congreso de filosofía del cuarenta y nueve. La comunidad organizada: Esta comunidad que persigue fines espirituales y materiales, que tiende a superarse, que anhela mejorar y ser más justa, más buena y más feliz, en la que el individuo pueda realizarse y realizarla simultáneamente, dará al hombre futuro la bienvenida desde



su alta torre con la noble convicción de Spinoza: “[Sentimos,] experimentamos que somos eternos” (Perón, 2012:189).

El gobernador Schiaretti habla todo el tiempo de “defender a Córdoba” como si la provincia estuviera sistemáticamente bajo un ataque del gobierno nacional. No del gobierno de Macri, sino del de su propio signo político ¿Qué implicancias tiene el discurso de la autodefensa en relación a una conceptualización ético política de la violencia? Volvamos, una vez más, a Judith Butler. El discurso de la autodefensa es un discurso de la violencia en la medida en que se plantea como respuesta legítima a una supuesta agresión. Como sostiene Butler, autodefensa es un término altamente ambiguo que ha dado lugar a todo tipo de violencias que, bajo su máscara, se han auto identificado como defensivas de posibles ataques: desde la guerra imperial norteamericana en oriente medio hasta el Patriot Act. Pero, además, “puede extenderse -y en la práctica lo hace- a la defensa de seres queridos [...] a los que se considera cercanos a nosotros” (Butler, 2020:69). Con lo cual, aparece la excepción -en el caso del cordobesismo, la excepción insular- que permite justificar una violencia simbólica en términos de defensa de la región e identificación con el federalismo. La pregunta que se hace Butler es quienes son los próximos y semejantes que constituyen el nosotros que se defiende y quienes no entran esa identificación. La lógica de la interdicción excepcional que habilita el discurso de la defensa insta una lógica bélica: defenderemos a Córdoba contra un enemigo que no es otro que el gobierno nacional. Defender a Córdoba de su integración a la nación, si bien es nada más que una abstracción verbal con fines de manipulación demagógica, en un sentido, vulgar, sin embargo, en la medida en que es efectiva cumple con el destino histórico que se asignaron a sí mismas las oligarquías: impedir la realización de la nación que, en la perspectiva histórico política que simboliza el peronismo no es otra cosa que realización de la igualdad. El discurso defensivo de Schiaretti se asimila así al discurso de las derechas anti igualitarias por otra vía y las representa en la noche cordobesista en la que todos los gatos son pardos.

Referencias bibliográficas

- BROWN, W. (2018). El pueblo sin atributos, México, Malpaso ed.
- BUTLER, J. (2020). La fuerza de la no violencia, Buenos Aires, Paidós.
- LUDMER, J. (1999). El cuerpo del delito, un manual, Ed. Perfil Libros.
- Perón, J. D. (2014). La comunidad organizada, Buenos Aires, Congreso de la Nación Argentina.
- SARAVIA, M. (2021). “El colmo del racista” en Revista El Sur, en línea: <https://revistaelsur.com.ar/nota/539/El-colmo-del-racista>
- TATIÁN, D. (2016). Contra Córdoba, Córdoba, Caballo Negro.

